

# La inteligencia artificial y nuestra obediencia sin juicio: una combinación que sí amenaza

Publicado el 26 de julio

Escribe [Leticia Borrazás](#) en [Posturas](#)

🕒 7 minutos de lectura

📖 LEER DESPUÉS

“La inteligencia artificial (IA) no es una amenaza: es un detector de nuestra pereza intelectual”. Esta idea, inspirada en la filosofía del español Daniel Innerarity, resume el gran reto de la era generativa. Tenemos máquinas capaces de producir textos, imágenes y argumentos a una velocidad que ningún humano podría igualar... pero eso no significa que piensen por nosotros.

El verdadero riesgo no es la IA: es nuestra costumbre, tan humana como arraigada, de barrer bajo la alfombra los errores para no verlos, como si así dejaran de existir. Es una herencia de nuestra cultura: ocultar la mugre parece más cómodo que enfrentarla y limpiarla. Es esa vieja enseñanza que asocia fallar con regaño y vergüenza, como si equivocarse fuera prueba de incapacidad y no una puerta para entendernos mejor.

Hannah Arendt lo advirtió hace décadas: el mayor peligro no es la máquina, sino cuando dejamos de usar nuestro juicio. En tiempos de IA, ese juicio es nuestro mejor antídoto para no convertirnos, otra vez, en piezas obedientes de una fábrica mental, como si siguiéramos atascados en la cinta de *Tiempos modernos*.

No podemos ser ingenuos: detrás de la IA hay intereses corporativos, plataformas y agendas propias. No es un ente neutro. Su poder se multiplica cuando encuentra usuarios dispuestos a delegar sin preguntar a quién beneficia cada respuesta. Una IA mal regulada y una cultura obediente se retroalimentan: ahí es donde se vuelve realmente peligrosa.

La pregunta es incómoda, pero urgente: ¿qué hacemos con esta tecnología que actúa como un espejo brutal de nuestras rutinas sin reflexión? ¿Seguiremos buscando atajos para cumplir sin pensar... o elegiremos aprender, equivocarnos y crear algo que ninguna máquina podrá reemplazar?

Esta pregunta no es sólo para quien copia y delega sin criterio, es también para quien se aferra a la comodidad de no cambiar. Porque el miedo es profundo: miedo a fallar, a perder trabajos, a perder jerarquías, a perder esa estabilidad que sostenía un lugar en la cadena de mando. Miedo a la tecnología, miedo a compartir poder, miedo a que el otro cuestione lo que siempre se dio por sentado.

Desde la escuela, muchos aprendimos que equivocarse era sinónimo de regaño y señalamiento. Durante años, la calificación perfecta fue la recompensa más deseada, aunque detrás sólo hubiera repetición mecánica y miedo a arriesgarse.

“Mejor no intento nada nuevo, no vaya a equivocarme y perder puntos”. Muchos han advertido que la escuela fomenta obediencia más que pensamiento libre, y que confundimos “cumplir” con “aprender”. Hoy, la IA generativa expone esa fragilidad con crudeza: produce un ensayo en segundos, pero revela nuestra falta de criterio para cuestionarlo. Si nada falla, nada se aprende.

Entonces, ¿qué sentido tiene una calificación impecable si nunca nos damos permiso de fallar? Si la IA hace el trabajo mecánico, ¿qué hacemos nosotros con ese tiempo liberado? Neil Postman advertía que cuando la forma devora el contenido, la sustancia se disuelve. Fallar, mirar la mugre, limpiar con conciencia: eso es lo que ningún algoritmo puede hacer por nosotros.

En lugar de temerle a la inteligencia artificial, necesitamos temerle a nuestra renuncia al pensamiento crítico. La IA no es el problema: el problema es no hacernos preguntas, no debatir, no educar para discernir. Por eso, el desafío de esta era no es tecnológico, sino profundamente humano. Necesitamos escuelas que enseñen a pensar, comunidades que valoren el error como parte del aprendizaje, y sociedades que no se conformen con delegar la responsabilidad del juicio. Hoy más que nunca, necesitamos personas capaces de usar la tecnología como herramienta y no como muleta. Que se animen a mirar lo incómodo, a fallar con sentido y a crear con libertad. Porque solo así, en este mundo lleno de algoritmos, seguiremos siendo realmente humanos.